

timiento habría tal vez tenido el mismo resultado que los remordimientos ; pero el tiempo le faltaba.

Al entrar Cauviñac en la prisión del barón de Canolles esperó con su prudencia ordinaria que el oficial que le introdujera se retirase. Después, viendo la puerta bien cerrada y la ventanilla herméticamente encajada, se fué hacia el barón, que como hemos dicho, había por su parte dado algunos pasos hacia él, y le estrechó afectuosamente la mano.

Á pesar de la gravedad de la situación, no pudo menos de sonreirse Cauviñac al reconocer al elegante y bello joven, de espíritu emprendedor y genio festivo, que ya había sorprendido dos veces en situaciones muy diferentes de aquella en que se encontraba : la una para enviarle con un mensaje á Nantes y la otra para conducirlo á San Jorge. Por otro lado recordaba la ocupación momentánea de su nombre y el gracioso chasco que por consecuencia de aquella usurpación se diera al duque ; y por muy lúgubre que fuese la prisión, el recuerdo era tan alegre, que sin embargo, lo pasado le alejó por un momento de lo presente.

Canolles, por su parte, le conoció á primera vista, por haber estado ya en contacto con él en las dos circunstancias que hemos referido ; y como, bien mirado, en las dos circunstancias Cauviñac había sido para él portador de buenas noticias, su conmiseración por la suerte reservada al desgraciado se acrecentó aún, y tanto más profundamente, cuanto que estaba persuadido que su propia salvación causaba la pérdida irrevocable de Cauviñac, y en un alma tan delicada como la suya, semejante pensamiento causaba muchos más remordimientos que habría ocasionado un verdadero crimen en la de su compañero.

Acogióle, pues, con una perfecta benevolencia.

— Y bien, barón, le dijo Cauviñac, ¿ qué decís de la situación en que nos hallamos ? Me parece que es bastante precaria.

— Sí ; henos aquí prisioneros, y sabe Dios cuándo saldremos de aquí, contestó Canolles fingiendo tranquilidad, á fin de dulcificar al menos con la esperanza la agonía de su compañero.

— ¡ Cuándo saldremos ! repuso Cauviñac. ¡ El Dios que invocáis se digne resolver en su misericordia que sea lo más tarde posible ! pero creo que no esté dispuesto á concedernos un largo plazo. Yo he visto desde mi calabozo, como vos podéis ver desde el vuestro una ardiente turba correr hacia un punto determinado, que debe ser la Explanada, ó mucho me equivoco. Vos, querido barón, conocéis la Explanada y sabéis para lo que sirve.

— ¡ Oh ! ¡ Bah ! Me parece que exageráis demasiado la posición. Es verdad que el pueblo corría hacia la Explanada, pero sin duda sería para asistir á alguna corrección militar. ¡ Hacer que nosotros pagásemos la muerte de Richón, sería horroroso ! porque al cabo nosotros estamos inocentes de esa muerte, tanto el uno como el otro.

Cauviñac se estremeció y fijó en el barón una mirada, que de una expresión sombría, pasó poco á poco á una expresión de piedad.

— Vamos, dijo para sí, uno más que se forma ilusiones de su situación. Por lo mismo es necesario que yo le diga lo que hay : porque ¿ de qué sirve engañarle para que el golpe sea más penoso después ? Á lo menos cuando hay tiempo para prepararse, la pendiente parece siempre más accesible.

Entonces, después de un momento de silencio y de

examen, dijo á Canolles, tomándole las manos y continuando con la vista fija en él de un modo que le embrazaba:

— Caballero, querido amigo, pidamos, si os parece, una botella ó dos de ese buen vino de Branne que sabéis. ¡ Ah! Si hubiese sido por más tiempo gobernador, habria bebido de él á mis anchas, y también os confieso que mi predilección á ese excelente vino, me hizo pedir con preferencia aquel gobierno. Dios castiga mi gula.

— Mucho me gusta, dijo el barón.

— Pues sí, bebiendo os contaré todo eso; y si la noticia es mala, como el vino será bueno, con lo uno pasará lo otro.

Canolles entonces tocó á la puerta, pero no se le respondió: volvió á tocar con más fuerza, y después de un momento, un niño que jugaba en el corredor se acercó al prisionero.

— ¿ Qué queréis? preguntó el niño.

— Vino, dijo Canolles. Di á tu papá que nos traiga dos botellas.

El niño se alejó y volvió al cabo de un rato.

— Papá, dijo el chico, está ocupado en este momento hablando con un caballero. Vendrá en seguida.

— Perdonad, dijo Cauviñac, ¿ me permitiréis que á mi vez le haga una pregunta?

— Hacedla.

— Amigo mío, dijo él con su voz más insinuante, ¿ con qué caballero habla tu papá?

— Con un gran señor.

— Este chico es muy guapo, dijo Cauviñac; atended, que vamos á saber algo.

— ¿ Y cómo está vestido ese señor?

— Todo de negro.

— ¡ Ah, diablos! ¿ Oís? todo de negro. ¿ Y cómo le llaman á ese gran señor vestido de negro? ¿ Lo sabes por casualidad, amiguito?

— Se llama el señor Lavia.

— ¡ Ah, ya! dijo Cauviñac, el asesor del rey. Me parece que nada malo tenemos que esperar de ese. Aprovechémonos de su conversación para hablar nosotros también.

Y metiendo una moneda por debajo de la puerta, dijo:

— Toma, amiguito, para comprar caramelos. — Bueno es hacerse de amigos por todas partes, continuó al levantarse.

El niño cogió muy contento la moneda, dando gracias á los dos prisioneros.

— Y bien, dijo Canolles, deciais....

— ¡ Ah! sí, contestó Cauviñac... Pues bien, decía que me parece estáis muy equivocado respecto á la suerte que nos espera en saliendo de esta prisión. Habláis de la Explanada, de corrección militar, de azotes para los extraños; y yo estoy tentado de creer que se trata de nosotros, y de alguna otra cosa peor.

— ¡ Adelante, pues! repuso Canolles.

— ¡ Eh! dijo Cauviñac. Vos veis las cosas á una luz menos sombría que á mí se me aparecen: acaso puede ser que no tengáis enteramente las mismas razones que yo; pero de cualquiera suerte, no os lisonjeéis demasiado de vuestro negocio, que no es muy ventajoso. Pero nada tiene que ver con el mío; y éste, debo decirlo, porque es mi convicción, está diabólicamente embrollado. ¿ Sabéis bien quién soy yo, querido amigo?

— ¡ Vaya una pregunta singular! Sois el capitán Cauviñac, gobernador de Branne, á lo que me parece.

— Sí, por ahora; pero no siempre he llevado ese nom-

bre ni siempre he ocupado ese título. Yo he cambiado frecuentemente de nombre, y he usado diferentes graduaciones : por ejemplo, una vez me llamé el barón de Canolles, lo mismo que vos.

Canolles miró á Cauviñac á la cara.

— Sí, continuó éste, comprendo : diréis si soy loco, ¿ no es así ? Pues bien, tranquilizaos ; gozo de todas mis facultades mentales, y jamás he estado tan en mi cabal juicio.

— Explicaos, pues, dijo Canolles.

— Nada más sencillo. El señor duque de Epernon... Conocéis al señor duque de Epernon, ¿ es verdad ?

— De nombre, porque jamás lo he visto.

— Eso me vale. El señor duque de Epernon, digo, me encontró una vez en casa de una señora, de quien yo sabia que no erais mal recibido ; me tomó la libertad de aplicarme vuestro nombre.

— ¡ Qué queréis decir !

— ¡ Táte, táte ! Na vayáis á tener el egoísmo de estar celoso de una mujer en el momento de casaros con otra. Además, aunque lo estuviesséis, cosa muy natural en el hombre, que decididamente es un animal ruin, pronto me lo perdonaríais. Nos tocamos muy de cerca para que tengamos quejas entre nosotros.

— No comprendo ni una palabra de eso que estáis diciendo.

— Digo que tengo derecho á que me tratéis como hermano, ó á lo menos como cuñado.

— Me habláis por enigmas, y os comprendo menos aún.

— Pues bien, vais á comprenderme con una sola palabra. Mi verdadero nombre es Rolando de Lartigues, y Nanón es mi hermana.

El barón pasó de la desconfianza á una expansión repentina.

— ¡ Vos hermano de Nanón ! exclamó. ¡ Ah ! Pobre mozo.

— Y bien, sí, pobre mozo, dijo Cauviñac, justamente habéis dicho la palabra que me cuadra, habéis puesto el dedo sobre la llaga ; porque además de otra porción de cosillas que resultarán de la instrucción de mi proceso, tengo también la desgracia de llamarme Rolando de Lartigues y de ser hermano de Nanón. Vos no ignoráis que mi querida hermana no está en opinión de santa entre los Burdeleses. Si se sabe mi calidad de hermano de Nanón, soy perdido tres veces. Ahora bien, hay aquí un Larochefoucault y un Lenet que todo lo saben.

— ¡ Ah ! dijo el barón transportado por lo que Cauviñac le decía á recuerdos antiguos. ¡ Ah ! comprendo ahora por qué en una carta la pobre Nanón me llamó un día su hermano. ¡ Excelente amiga !....

— ¡ Ah, si ! repuso Cauviñac, es muy buena persona, y mucho me arrepiento de no haber seguido siempre sus consejos á la letra. ¿ Pero qué se le ha de hacer ? Si pudiera adivinarse el porvenir, no habría necesidad de Dios.

— ¿ Y qué ha sido de ella ? preguntó Canolles.

— ¿ Quién sabe ? ¡ Pobre criatura ! Sin duda estará desesperada, no por mí, pues ignorará mi prisión, sino por vos, cuya suerte conocerá tal vez.

— Tranquilizaos, le dijo el barón, Lenet no dirá que sois el hermano de Nanón : el señor de Larochefoucault por su parte, no tiene ningún motivo de odio contra vos, y nada de eso se sabrá.

— Si nada de eso se sabe, creedme, no dejará de saberse otra cosa ; que yo soy quien ha dado cierta carta

blanca, y esa carta blanca... pero ¡bah! olvidémoslo si es posible. ¡Qué desgracia que no nos traigan el vino! continuó volviéndose hacia la puerta. No hay como el vino para hacer olvidar.

— Vamos, vamos, dijo el barón, ¡valor!

— ¡Eh, pardiez! ¿Creéis que me falta? Ya me veréis en el famoso momento, cuando vayamos á dar una vuelta á la Explanada. Pero una cosa me atormenta, sin embargo, ¿seremos fusilados, decapitados ó ahorcados?

— ¡Ahorcados! exclamó Canolles. ¡Vive Dios! Nosotros somos hidalgos, y no se hará semejante ultraje á la nobleza.

— Y bien, ya veréis como son capaces de trampear me mi genealogía... Otra cosa.....

— ¿Qué?.....

— ¿Cuál de los dos irá delante?

— Pero, ¡por Dios, querido, repuso Canolles, no os empeñéis en esas cosas!... Nada hay menos seguro que esa muerte, de que os ocupáis con tanta anticipación. No se juzga, no se condena, no se ejecuta así todo en una noche.

— Escuchad, contestó Cauviñac, yo estaba allá cuando se formó el proceso del pobre Richón, ¡Dios le tenga en el cielo! Pues bien, proceso, juicio y ejecución, todo esto duró tres horas ó cuatro lo más. Supongamos un poco menos de actividad, porque Ana de Austria es reina de Francia, y la señora de Condé no es más que princesa de sangre, y esto nos concederá á nosotros cuatro horas ó cinco. Ahora bien, como hace ya tres horas que estamos presos, y dos que comparecimos ante nuestros jueces, tenemos por cuenta hecha una hora á dos que vivir, lo que no es largo.

— En todo caso, repuso Canolles, esperarán á que sea de día para ejecutarnos.

— ¡Ah! Nada hay en eso de seguro. Una ejecución á la luz de las antorchas, es cosa muy linda, cuesta más caro, es cierto; pero como la princesa necesita mucho á los Burdeleses en este momento, no será extraño que se decida á hacer este gasto.

— ¡Chit! dijo Canolles, oigo pasos.

— ¡Diablos! dijo Cauviñac palideciendo un poco.

— Será el vino, dijo Canolles.

— ¡Ah, sí! contestó Cauviñac, fijando en la puerta una mirada más que alerta; hay esto más: si el carcelero entra con botellas, todo vá bien; pero si no.....

La puerta se abrió, y el carcelero entró sin botellas.

Cauviñac y Canolles cruzaron una mirada expresiva; pero el carcelero parecía tan presuroso... urgía tanto el tiempo... estaba tan oscuro el calabozo... que no fijó su atención en nada.

El carcelero cerró la puerta y entró.

— ¿Cuál de los dos, dijo, es el barón de Canolles?

— ¡Ah, diablos! pronunciaron los dos á un tiempo, y trocaron una nueva mirada.

Entretanto Canolles dudó antes de contestar, y á Cauviñac le pasó otro tanto. El primero había llevado mucho tiempo este nombre para dudar que la apelación se dirigía á él; pero el otro le había llevado lo bastante para temer que se le llamase.

Sin embargo, Canolles conoció que era indispensable responder.

— Yo soy, dijo.

El carcelero se acercó á él.

— ¿Vos eráis gobernador de plaza?

— Sí.

— Pero yo también era gobernador de plaza; yo también me he llamado Canolles, dijo Cauviñac. Veamos, expliquémonos con claridad, y fuera equivocaciones. Basta ya lo que me ha sucedido con ese pobre Richón, para que no cause ya aun la muerte de otro.

— ¿Pero vos os llamáis ahora Canolles? preguntó el carcelero.

— Sí, contestó Canolles.

— ¿Y vos os habéis llamado Canolles otras veces? dijo el carcelero á Cauviñac.

— Sí, respondió éste, otras veces. Un día no más, y empiezo á creer que aquel día tuve una idea muy necia.

— ¿Los dos sois gobernadores de plaza?

— Sí, contestaron á un tiempo Canolles y Cauviñac.

— Una última pregunta lo aclarará todo.

Los dos prisioneros prestaron la más viva atención.

— ¿Cuál de los dos, dijo el carcelero, es el hermano de la señora Nanón de Lartigues?

Aquí Cauviñac hizo una mueca, que hubiera sido cómica en un momento menos solemne.

— ¡Cuando os lo decía, interpuso éste dirigiéndose á Canolles, cuando os dije que por este lado se me atacaría!

Luego, volviéndose al carcelero, le dijo:

— Y si yo fuese el hermano de la señora Nanón de Lartigues, ¿qué diríais, amigo mío?

— Os diría que me siguiérais en el mismo instante.

— ¡Cuernos! dijo Cauviñac.

— Pero á mí también me ha llamado su hermano, dijo Canolles tratando de distraer parte de la tormenta que visiblemente se aglomeraba entonces sobre la cabeza de su desgraciado compañero.

— Un momento, un momento; dijo Cauviñac pasando

por delante del carcelero y llevándose á Canolles aparte; un momento, caballero mío, no es justo que seáis hermano de Nanón en semejante circunstancia. Bastante han padecido hasta hoy otros por mí y es muy justo que á mi vez pague yo.

— ¿Que queréis decir? preguntó Canolles.

— ¡Oh! Eso sería muy largo de contar; y luego bien veis que nuestro carcelero se impacienta y patalea... Esperad, esperad un poco, amigo mío, ya se os sigue. Quedad con Dios, querido compañero, continuó Cauviñac, á lo menos mis dudas quedan fijas sobre un punto; sobre quién irá delante. Quiera Dios que no me sigáis muy pronto. Ahora queda por saber el género de muerte. ¡Diablos! Con tal que no sea horca... ¡Eh, ya vamos, pardiez, ya vamos! ¡Mucha prisa tenéis, buen hombre! Ea, pues, mi querido hermano, querido cuñado, querido compañero, querido amigo... ¡adiós por última vez! ¡Buenas noches!

Cauviñac dió un paso más hacia el barón, tendiéndole la mano: Canolles tomó esta mano entre las suyas y la estrechó afectuosamente.

Durante este tiempo Cauviñac le miraba con una expresión singular.

— ¿Qué queréis de mí? dijo el barón. ¿Tenéis algo que pedirme?

— Sí, dijo Cauviñac.

— Pues bien, hacedlo sin temor.

— ¿Rezáis algunas veces? dijo Cauviñac.

— Sí, contestó Canolles.

— Pues bien, cuando recéis... decid alguna palabra por mí.

Y volviéndose hacia el carcelero, que parecía que estaba cada vez más impaciente, le dijo:

— Yo soy el hermano de la señora Nanón de Lartigues. Vamos, amigo.....

El carcelero no se lo dejó repetir, y se llevó apresuradamente á Cauviñac, que desde el umbral de la puerta dirigió á Canolles una última despedida.

Luego se cerró la puerta, sus pasos se perdieron en el corredor, y todo volvió á quedar en un silencio, que le pareció al que quedaba el silencio de la muerte.

El barón quedó profundamente absorto en una tristeza, que se asemejaba al terror. Este modo de llevarse á un hombre, nocturnamente, sin ruido, sin aparato, sin guardias, era más horroroso que los aspectos del suplicio hechos á la luz del sol. Sin embargo, todo el terror de Canolles era por su compañero, porque su confianza en la vizcondesa de Cambes era tan grande, que después de haberla visto, á pesar de la fatal noticia que le anunciara, no temía nada por sí.

Por esto lo único que realmente ocupaba en aquel momento su pensamiento, era la suerte que le estaba reservada al compañero que le arrebataban. Entonces la última recomendación de su compañero se presentó á su alma, se puso de rodillas y oró.

Algunos instantes después se levantó, sintiéndose consolado y fuerte, y esperando solo la llegada del socorro prometido por la vizcondesa de Cambes, ó su presencia.

Durante este tiempo, Cauviñac seguía al carcelero por el corredor sombrío, sin decir una palabra, y reflexionando lo más seriamente posible.

Al fin del corredor el carcelero cerró con tanto cuidado la puerta, como lo había hecho con la del calabozo de Canolles; y después de haber prestado atención á ciertos ruidos vagos que subían del piso inferior, dijo volviéndose bruscamente hacia Cauviñac:

— Vamos, señor mío, andando.

— Estoy pronto, contestó Cauviñac con gravedad.

— No habléis tan alto, le dijo el carcelero, y andad más de prisa.

Y tomó una escalera que descendía á los calabozos subterráneos.

— ¡ Oh, oh ! dijo para sí Cauviñac. ¿ Me querrán degollar entre dos muros, ó meterme en algún encierro perpetuo ? Yo he oído decir que á veces se contentaban con exponer los cuatro cuartos en una plaza pública, como hizo César Borgia con Ramiro de Orco. Veamos : este carcelero está solo enteramente y lleva las llaves en su cintura. Esas llaves deben abrir precisamente una puerta cualquiera. El es pequeño, yo grande; él es débil, yo soy fuerte; él vá delante, yo detrás, y si quiero pronto puedo estrangularle... ¿ Quiero ? ...

Y ya Cauviñac, que se había respondido que quería, extendía sus huesosas manos para ejecutar el proyecto que acababa de formar, cuando de pronto el carcelero se volvió con terror.

— ¡ Chit ! dijo. ¿ No ois nada ?

— Decididamente, continuó Cauviñac hablando consigo mismo, algo hay de oscuro en todo esto ; y si tantas precauciones no me tranquilizasen, debería inquietarme en extremo.

Así, pues, deteniéndose de pronto, dijo :

— Pero, ¡ eh ! ¿ Adónde me lleváis ?

— ¿ No lo veis ? respondió el carcelero, á la fosa.

— ¡ Oiga ! replicó Cauviñac. ¿ Me van á enterrar vivo ?

El carcelero se encogió de hombros, y pasando una porción de corredores llegó á una puertecita baja arqueada y húmeda, detrás de la que se sentía un ruido extraño, y abrió

— ¡ El río ! exclamó Cauviñac aterrado al ver el agua que rodaba sombría y negra como la de Aqueronte.

— Sí, el río. ¿ Sabéis nadar ?

— Sí... pero... es decir, ¿ por qué diablos me preguntáis eso ?

— Es que si no sabéis nadar, tendremos que aguardar á un bote que hay allá abajo, y perderemos un cuarto de hora : además que pueden oír la señal que debo hacer, y por consiguiente atraparnos.

— ¡ Atraparnos ! exclamó Cauviñac. ¡ Ah, ya ! querido amigo. ¿ Según eso, nos salvamos ?

— ¡ Pardiez ! De seguro.

— ¿ Y adónde vamos ?

— Á donde nos parezca.

— ¿ Según eso, estoy libre ?

— Libre como el viento.

— ¡ Ah, Dios mío ! exclamó Cauviñac.

Y sin añadir una sola palabra á esta elocuente exclamación, sin mirar á su alrededor, sin pensar en si su compañero le seguiría, se lanzó al río con más rapidez que hubiera podido hacerlo una nutria perseguida. El carcelero le siguió, y ambos, después de un cuarto de hora de silenciosos esfuerzos para cortar la corriente, se encontraron á la vista del bote. Entonces el carcelero silvó tres veces sin dejar de nadar : los remeros, conociendo la señal convenida, salieron á su encuentro, los entraron con prontitud en la barca, y sin decir una sola palabra, á fuerza de remos los pusieron en menos de cinco minutos en la ribera opuesta.

— ¡ Ouf ! dijo Cauviñac, que desde el momento de arrojarle tan resueltamente al río no había dicho una sola palabra. — ¡ Ouf ! Por fin me veo en salvo. Querido carcelero de mi corazón, Dios os recompensará.

— Y mientras llega la recompensa que Dios me reserva, contestó el carcelero, tengo en mi poder unas cuarenta mil libras, que me ayudarán á tener paciencia.

— ¡ Cuarenta mil libras ! dijo Cauviñac estupefacto. ¿ Y quién diablos puede haber gastado cuarenta mil libras en mi ?